

VIAJES DE UN NOVELISTA

Dos series de crónicas viajeras, relativas cada una de ellas al paso del autor por Chile y las islas Canarias, forman el reciente libro de Miguel Delibes «Por esos mundos». Las crónicas fueron en su día publicadas en su forma primitiva — creemos recordar que en «Destino» leímos algunas de ellas— y ahora adquieren la forma de libro.

Esta metamorfosis es frecuente en la elaboración del volumen, cuyo conjunto lo forman crónicas, ensayos, narraciones breves y, en fin, aquellos originales suptiles por su seriación o por su independencia de la aparición escalonada. Pero con relación a «Por esos mundos» observamos que en pocos casos como en éste el tránsito de la crónica suelta a ser costillar de un organismo o cuaderna de navío se realiza de modo tan natural y diríamos que tan obligado. Y es que en pocos casos se da el de Miguel Delibes, capaz de ver la realidad que describe con mirada de periodista y de novelista a la vez. Así, las crónicas nacen ya con la seguridad que les da ser partes de un todo cuya unidad, desenvolvimiento y desarrollo se halla preestablecido.

Delibes describe muy bien y tiene una aguda visión de lo que contempla, que contiene con más trascendencia que la de sus formas y estructuras superficiales. Así nos describe Chile—que ya conocíamos en su versión novelesca de

fondo de novela en «Diario de un emigrante» hasta en sus noticias venatorias—y así desgrana sus impresiones de Canarias. Aquéllas son más amplias y éstas más sucintas, pero en ello no debe verse sino que la mirada de Delibes se detuvo cuando llegó al fondo de las peculiaridades que distinguen una vida en lo que difiere de la peninsular española. En las crónicas de «Por esos mundos» no existe el papanatismo de los viajeros descubridores con aspaviento y exceso, sino una seguridad de novelista avezado a captar el rasgo esencial con absoluta precisión. Al final de la lectura conocemos el paisaje descrito tan bien como Delibes, es decir, muy bien.

POR ESOS MUNDOS.—Miguel Delibes.—Ediciones Destino.

RESUMEN DE VIDA Y OBRA DEL GRECO

He aquí un libro notable, sobre todo por su rara perfección de equilibrio. Estamos acostumbrados que en los últimos tiempos la parte gráfica—excelente por cierto—de las monografías artísticas se realice con señorío y desproporción sobre la parte literaria y crítica del mismo. En este volumen sobre «El Greco», con el que la Editorial Offo comienza su colección de Pintores Clásicos, el equilibrio entre la iconografía del genial cretense con reproducciones de primer orden dentro del tamaño y el estudio crítico de Ma-

"Amiba", MADRID



AMD, 86,64

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

LIBROS *Nuevos*

españolas quedan suficientemente garantizados contra las interesadas informaciones que puedan propalar los exportadores.

El prestigio numismático de don Leopoldo López-Chaves y de don José de Yriarte avalan además este Catálogo, editado con verdadero primor editorial, que lo hace una verdadera joya bibliográfica.

«Por esos mundos», por Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona.

Las mismas cualidades que acreditaron a Miguel Delibes como novelista concurren a realzar sus crónicas de viajes, en las que al lector le es fácil reconocer la espontaneidad y exactitud en la presentación de tipos, la eficacia en la pintura de paisajes y el dominio del arte del diálogo.

Estas crónicas de viajes efectuados por el novelista a Chile, la Argentina y Canarias eran ya conocidas por su aparición en diarios y revistas, no obstante lo cual, los lectores de Delibes agradecerán la reunión en un volumen de trabajos que tienen interés y valor literario suficientes para ocupar un puesto en las bibliotecas al lado de otros libros del mismo género.

A las cualidades del novelista a que al principio nos referíamos, se aunan en estos escritos el sentido y la experiencia del profesional del periodismo, oficio que, como es sabido, Delibes ejerce desde hace muchos años. Por la forma de tratar los temas, por la sencillez de la exposición, y sobre todo por el cuidado de no supeditar la parte informativa al lucimiento literario, estas crónicas son grandes reportajes, escritos por un observador agudo y tenaz en el estilo directo y realista que le ca-

El
Acad
Pha
obra
cado
Ky
tes,
tes
vive
tudi
orige
vela
ción
Chin
ce
chir
las
ne
mo
das
ción
orie
ca.
la e
exó
pret
cide
las
las

El
su p

racteriza. Ni la calificación de reportajes ni la dudosa afirmación que respecto a sus crónicas hace Delibes de que «sería desmedido y necio buscar en ellas literatura», no rebajan su categoría ni impiden al lector, aun a riesgo de incurrir en necedad, saborear la buena literatura en que se transforma la visión personal, animada de un espíritu irónico, que Delibes nos ofrece de las tierras que ha visitado.

Miguel: aparecido en "Información" - Madrid

MD

• ANTES DE SACUDIR
CHON Y LAS SÁBANAS

Un premio de ejemplar independencia³



Hoy, «Destino» ha «puesto de largo» a un novelista de 20 años, ganador del último premio «Nadal». Los «nadales», más que con la juventud parecen aliados con la adolescencia. Carmen Laforel, su gran triunfadora, apenas si la pisaba cuando el éxito de «Nada». Título —asi es la vida— que algunos creen que dio nombre al «Nadal».

Este triunfador de hoy tiene un conmovedor, sano y espigado aire de hijo nuestro. Cuando nosotros concurrimos al Nadal, teníamos 31 años, edad que, si no es adolescencia, casi nos lo parece desde la que ahora disimulamos. Aquel premio lo ganó un escritor que es dueño, para mí al menos de la pluma más sensible de nuestras letras: Miguel Delibes. Este muchacho que ahora gana el «Nadal», debe haber gozado una asombrosa y difícilísima sensación: la de conseguirlo cuando, por tener 20 años, se cree en todo, incluso en la literatura. Es tan joven que enternece. Como si cualquiera de nuestros muchachos se hubiese tropezado con un galardón, enorgullecedor, pero que nos parece pesado en exceso para unas espaldas que nosotros imaginamos siempre infantiles.

«Destino» le ha premiado sin vacilar. El gran mérito de la Editorial «Destino» es éste de no casarse con nadie, de mantener una insobornable y ejemplar independencia espiritual. Lo demás le ha venido por añadidura. La variedad, por ejemplo. El «Nadal» es el premio más variado que existe: el más abierto a la sorpresa, al recién llegado; el más libre de influencias. Diríase que, en la elección de los «nadales» preside, solamente, un sano amor hacia lo literario, una especie de deportiva pasión, que les hace desdeñar otras metas, de otro tipo. Lo curioso es que también aquí se ha dado la añadidura, y los «nadales» han resultado siempre un gran éxito de librería, un «best seller», que dicen los americanos «Destino», trajo al mundo un tanto anárquico de nuestras letras, la seriedad, incluso en esa cosa tan exaltada que es la afición a los escritos y a los escritores. Por una vez los tantos por ciento no fueron utópicos. Fueron siempre ¡ay!, dentro de una órbita; pero seguros.

La fantasía necesita una cierta norma. Los que sueñan y fantasean sobre la posibilidad de conseguir un «Nadal» saben que, al fin y al cabo, la suerte está en su pluma; que todo depende de escribir bien, y nada más. Como este muchacho, alto, espigado, con aroma todavía al preuniversitario, que escribía sobre su curso unas cosas llenas de ternura y talento. De vez en cuando soñaba: ¡Si pudiera ser...! y fue.

El que «pueda ser, es el gran mérito de la independencia de «Destino». Una editora catalana que ha tenido la gentileza de venir a Madrid para presentar a un novelista triunfador que parecía que acababa de estrenar su primer pantalón largo. — MANUEL POMBO ANGULO.



4

DIARIO "BALEARES"

CASA



LOS LIBROS

"POR ESOS MUNDOS"

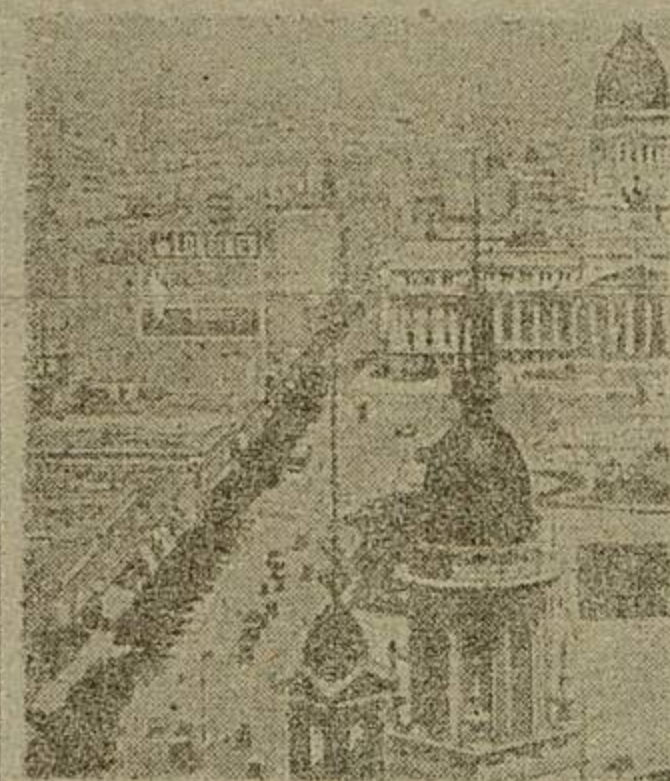
Si yo tuviera algún poder sobre los escritores, sobre los novelistas concretamente, les obligaría a escribir libros de viajes. El novelista tiene una particular, admirable perspicacia para ver. Esto de *saber ver* es algo muy importante y muy raro en la gente. Son muchas las personas que van por su barrio — o por un barrio extraño de Londres — sin enterarse de nada, como si fueran ciegos.

Esto no les ocurre nunca a los buenos novelistas. Ahí tiene el lector un ejemplo, en el libro, firmado por Miguel Delibes, y que lleva el título de «Por esos mundos». Si mal no recuerdo Jardiel Poncela puso «El por esos mundos» a uno de sus pintorescos personajes de una de una de sus divertidas novelas.

El libro de Delibes — que publica Destino — cuenta las andanzas del novelista por Canarias, Argentina y Chile, es decir, países que están al alcance de la mano, países nada remotos y muy transitados. Aun no conociéndolos, uno está muy convencido de saber, sobre ellos, numerosas cosas.

A las pocas páginas de leer a Miguel Delibes, nos damos cuenta de que estábamos en un error, que apenas sabíamos nada de lo que vale la pena saber sobre esos países, que el novelista nos va descubriendo con sus ojos observadores, con sus ojos que si saben ver, y su pluma que si sabe contar.

Un libro de viajes bien contado, con adjetivos sabrosos, pequeños y encantadores descubri-



mientos, es una delicia. Es mejor que un relato porque, de entrada, sabemos que ahí no hay imaginación, sino un trozo palpitante de vida, y lo que cuenta el escritor responde a un amor respetuosamente expuesto, es decir, su amor a la vida y a los hombres que la sufren.

Todo eso es lo que abunda en «Por esos mundos», de Delibes, libro que el novelista se saca de su manga de viajero, de hombre que siente curiosidad y que sabe ver: con desinterés, con incansable curiosidad, con amor al paisaje y al paisanaje, y que sabe contarlo luego.

Como siempre que uno habla de Delibes es justo que se refiera a su castellano, de los más sabrosos, directos, y más bellos que se escriben hoy en nuestro país. En «Por esos mundos», el lenguaje, es otro de sus encantos, junto a la observación directa y sin prejuicios, fresca y desinteresada.

El mundo de Miguel Delibes — poblado de tan inolvidables criaturas como Lorenzo, el cazador — se amplía de nuevo con esas sabrosas miradas suyas sobre el ancho mundo que nos rodea a todos.

Juan BONET

MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

LIBROS NUEVOS



Miguel Delibes. - POR ESOS MUNDOS.-"Ediciones Destino" Barcelona.

Uno de los escritores españoles de más talento surgidos después de nuestra guerra es, sin duda alguna, el vallisoletano Miguel Delibes. Desde que en 1947 su nombre se hizo famoso al obtener el "Premio Nadal" con su no-



MIGUEL DELIBES

vela "La sombra del ciprés es alargada", no ha dejado de ofrecernos excelentes frutos literarios. Sus artículos periodísticos, sobre todo, son modelo en su género. Y "Por esos mundos" —la colección de crónicas viajeras que ahora nos ofrece— también le hacen acreedor a los máximos elogios.

En una línea más directa que "Viaje a la Alcarria" —el extraordinario libro de Camilo José Cela—, la obra de Delibes constituye una animada sucesión de seres, cosas y paisajes. Nuestro hombre no ha pasado a lo largo del camino, no ha permanecido tan sólo atento al final del trayecto como suele ocurrir al viajero moderno; antes al contrario, ha entendido su misión con aquel "espíritu de posada" de que hablaba Cervantes, con muchos altos en el camino. El gran periodista que hay en Delibes observa los haces y los enveses, adscribe el hombre al paisaje o lo singulariza como vehículo que es de ideas y sentimientos.

Sus descripciones de Brasil y Uruguay tienen mucho de técnica impresionista; más que morosos relatos que impidan ver el transcurso de las cosas, nuestro hombre condensa en una pincelada lo más acusado de una situación, aquello que realmente sirve para configurarla. Deja a un lado la broza o la ganga adventicia para permanecer tan sólo atento a la verdadera ley, al motivo principal. Y por lo que se refiere a la Argentina y a Chile, sus relatos aparecen cuajados de aciertos. Al contacto de su pluma la geografía parece animarse. Frente a la impresión de naturaleza muerta que nos presentan otros escritores, en Miguel Delibes todo cobra calor emocional o sentido entrañablemente humano.

"Notas de andar y ver", tituló Ortega uno de sus más agudos ensayos viajeros, y dentro de esta misma denominación podríamos situar el libro que ahora enjuiciamos. Porque estas crónicas tienen el incentivo de los antiguos viajes a lomos de mula franciscana, con muchas paradas en viejos mesones y con los ojos bien abiertos para no perder detalle del mundo circundante. Si el moderno avión traslada al viajero de un punto a otro, Delibes es de esos hombres que se parecen por las incidencias del trayecto, por cuanto ocurre a un lado y al otro del camino. Así es como, tras la lectura de "Por esos mundos", uno tiene la adecuada visión de conjunto, a la vez que salva en ágil impulso la perspectiva existente entre las clases sociales.

Acaso sea en sus descripciones de la vida chilena en donde el talento del cronista brilla a mayor altura. Pocas veces nos hemos encontrado con una gama tal de sugerencias, de agudos perfiles o de rasgos característicos. El amor con que nos habla de los "rotos", el espíritu de cordialidad que respira la existencia en aquellas latitudes y el que la palabra "forastero" haya sido borrada del particular diccionario de cada uno de sus ciudadanos, tiene en la prosa de Miguel Delibes un eco fiel y aprobatorio.

También merecen especial mención los caracteres que asocia a la población canaria, en la que impera un sentido agonista de la vida, un deseo de pervivir frente a las desatadas fuerzas de la Naturaleza. Y lo mismo cabría decir del criterio un poco frío y aséptico del pueblo argentino, donde

casi nadie se preocupa por casi nadie y donde esa gran urbe formada por el aluvión de razas imprime al contorno el sentido impersonal de las poblaciones de catado censo de población.

"Por esos mundos" es un libro de lio, rico en contrastes pasionales y en marcadas inflexiones. Miguel Delibes demuestra, una vez más, sus prodigiosas dotes de observador. Escrita en un estilo brincante, movida a impulsos de los vientos que corren, su obra se lee de un tirón. El gran periodista es testigo de una época, vive al unísono con las inquietudes del mundo actual. Maestro en el arte de suscitar y mantener el interés, sus relatos se apoderan del ánimo del lector y lo transportan del palpito a la corazonada, de la adivinación a la agudeza. Y una vez que coronamos la cima de su aventura literaria, el espíritu parece sentirse más ágil, como impulsado por una inefable sensación de bienestar...

Emilio MERINO

5
Miguel esto se ha publicado en "El Ideal Obrero" el sábado. Un aban. diame.

Miguel Delibes

crítica literaria

«POR ESOS MUNDOS», DE MIGUEL DELIBES

Si entre las cualidades más acusadas que Miguel Delibes posee como novelista, destacan su admirable coordinación de los personajes dentro del ámbito en que se mueven y un estilo templado a base de una prosa rica en resonancias, en la que no está ausente un oportuno y feliz sentido del humor; si, además, la labor creadora de este gran escritor es el resultado de una observación directa, elaborada convenientemente para hacerla materia con vigencia propia y si, finalmente, Delibes es también periodista baqueteado en el oficio, con personalidad claramente definida, se deducirá fácilmente que un libro de viajes escrito por él tiene que ser, forzosamente, una obra de singular trascendencia.

Delibes ha ido dando, sistemáticamente, libros en los que se condensa una rigurosidad formal que es la que define claramente la seguridad de este autor en su oficio; novelista que no se entrega a la improvisación o a lo fácil, que no hace, como tantos otros, de la novela, un pretexto o un alarde, sino, esencialmente, una norma. De vez en cuando y para fortuna de sus seguidores, pues son muchos los que esperan con auténtica expectación cada una de sus obras, sin duda, porque hasta ahora no se han visto defraudados, lanza un libro de relatos o de viajes, como el que nos ocupa y que «Destino» ha editado con tanta oportunidad. Este caminar «Por esos mundos» viene a ser para el lector atento, la viabilidad de una peregrinación a lo largo de paisajes y hombres, tierras y circunstancias, concretadas por arte y misterio de la mirada aguda, la intención clara, y el humor a flor de piel y jugosamente expresado, extraídos de un escritor que es fiel a los motivos recogidos y que ha hecho de estos, no la expresión del momento, sino lo que en escenarios y tipos hay de definidor, que es decir, de permanente.

Aquel descubrimiento que hace pocos años Delibes hizo de América, concretamente de Brasil, Argentina y Chile, se completan en este libro con la parte dedicada a las islas Canarias, Tenerife principalmente. El propósito del autor cuando afirma que «el mundo es un gigantesco «puzzle» y uno, a medida que viaja, va encontrando los fragmentos que precisa para componer un mapa humano coordinado y armonioso», está perfectamente logrado. Delibes cuenta su andadura, pero no al modo de como lo hicieron en sus periplos otros novelistas, más preocupados de captar lo anecdótico, o buscando lo colorístico, o en muchos casos exaltando lo racial hasta desvirtuar su esencia en un estudio impropio; sino lo que hay de humano, de característico, de definidor en cada lugar recorrido, calando en su trasunto y componiendo con la habilidad de un buen acuarelista con dominio del oficio o, cuando es menester, la trascendencia del pintor que no duda en emplear la materia más densa y acordada en aquellos casos que se impone lo dramático, que puede darse, incluso, en los momentos más, aparentemente, desenfadados. Entiéndase por dramático, lo profundamente emotivo y humano. De este modo la descripción es a veces un alarde literario por su belleza al definir paisajes, seres o actos; otras, la estadística sirve para corroborar un aserto; en ocasiones, el diálogo contribuye, escuetamente, a definir un carácter o un aspecto, campeando en todo momento en la prosa el estilo brillante, concreto, apretado y, sin embargo, jugoso, de que Delibes es artífice consumado.

FRANCISCO CASANOVA

LOS LIBROS

"POR ESOS MUNDOS", DE MIGUEL DELIBES

MD

RICARDO PASEYRO: "ARBOL DE RUINAS"

Con este título, "Arbol de ruinas" (Índice. Madrid, 1961), reúne el poeta uruguayo residente en París, y visitante frecuente de España, sus cuatro libros anteriores: "Plegaria por las cosas", "Poema para un bestiario egipcio", "El costado de juego" y "Música para buhos". Casi con la simple enunciación de estos títulos se adivina el carácter de la poesía de Ricardo Paseyro: poesía de temas fuera de lo común y cotidiano, de simbólica narración del rapto, del éxtasis estético ante el misterio del ser y de las cosas.

Con la obra lírica y su prosa polémica viene Paseyro defendiendo a la poesía como acercamiento de mente y sensibilidad a la belleza, frente a todo intento de llamar poesía o considerarla única poesía de nuestro tiempo, a la retizada con la intención realista, social, etc., y en esto han sido célebres sus diatribas contra Neruda, en tantas cosas, sin embargo, maestro suyo. ¿No se adivina el ejemplo del maestro chileno en estos versos de Paseyro?

El sol de invierno: lámpara
[transida,
lento caer de párpados do-
[rados,
suave rigor para lo que
[palpita,
delicia de los muros,
látigo para el agua...

El verso de Paseyro tiene mucha de la fuerza que ha caracterizado siempre a los grandes vates hispano-americanos, y mucho también de la delicadeza expresiva, el juego verbal de los españoles de la generación de 1927; creacionismo de Huidobro y Gerardo Diego, simbolismo y purismo francés, reminiscencias surrealistas. Pero a través de todas estas influencias, de esta voluntaria defensiva, toma de postura y de procedimiento, la personalidad de Ricardo Paseyro se manifiesta poderosamente. Su mentalidad clásica, su sensibilidad romántica, precipitan una poesía personalísima de emociones viajeras por los rincones de las ciudades europeas, de pensamientos desflecados en la soledad, de intuiciones del misterio existencial.

Entiendo yo que poetas así, si lo son verdaderos, tienden un puente entre la lírica de ayer y de mañana, salvador del hiato—tan interesante, por otra parte—de la invasión realista, historicista, prosaísta, que una voluntad de agitación de intención épica y ética ha producido en el verso en nuestro tiempo.



Por mucho que sepamos, o cuanto más sepamos, de la esfera y de "noesfera" terrestre —es decir, de las tierras y los hombres— nos interesan más cada día los libros de viajes, no ya como información —aunque siempre hay alguna— sino como interpretación, como emoción, como reflexión, descripción y relato. Nos interesa el libro de viajes escrito por un escritor a quien conocemos y admiramos. El mundo está al alcance de la mano —periódico, revista, radio, televisión—, pero necesita ser expresado. Esta es la función moderna de la crónica de andar y ver.

Miguel Delibes, el gran novelista, vive en su Valladolid trabajando en su periódico, en su cátedra, en sus libros, participando de vida local y saliendo de caza todo lo que puede. Pero de cuando en cuando toma el avión y sale a dar una vuelta por otros países. En este nuevo libro, "Por esos mundos" (Destino. Barcelona, 1961) cuenta un largo viaje por América —más deten-

tenido en Chile, que le valió para una de sus novelas, "Diario de un emigrante"— con un complemento interesantísimo, que es un viaje a las Islas Canarias. Sale de lo monótono, tranquilo, archiconocido, íntimamente familiar, a lo lejano y exótico, sin presunciones ni programas, sencillamente a sorprenderse, a contemplar, a observar, sin preocuparse de lo que se haya dicho ya o no se haya dicho de los países que visita. Su descripción, su meditación, el traslado de sus impresiones tiene la frescura, la sencillez, la emoción y la preocupación humana de sus creaciones literarias. Viajar por España y viajar por América sigue constituyendo piedra de toque para el escritor español: el idioma, la huella de lo hispánico, las similitudes y los contrastes, las tradiciones y las influencias extrañas son temas constantes, incitaciones permanentes, centros de irresistible interés ante los cuales Delibes afirma que se produce más como periodista que como escritor, es decir, que no hace "literatura". Quiere decir, que no pone fantasía ni se complace estéticamente en la expresión. Que no escribe poemas en prosa ni inventa nada, sino que sus páginas tienen las características del reportaje periodístico. Pero en periodismo, todo lo que no es desnuda información —para cuyo menester el periodista no tiene por qué ser escritor—, es literatura, subjetividad, capacidad de reflexión, lenguaje para describir, imaginación. Ahora bien, todo ello manejado en función periodística —seguramente estos escritos, antes del libro, fueron en el periódico—, esto es, con voluntad de llegar al mayor número de lectores.

El Brasil, Uruguay, la Argentina, Chile y, finalmente, Tenerife, son descritos rápida, periodísticamente, por Miguel Delibes, con imágenes, rasgos, observaciones e impresiones sintéticas, que nos introducen, más que informativamente, emocionalmente, vitalmente, en esos pueblos y nos hacen pensar en ellos y en sus problemas. Nueva vertiente del escritor —que nos anuncia más libros de viaje para el futuro— que completa al novelista, o donde el novelista tiene otro campo de operaciones sobre la realidad humana que el de su íntima intuición y especulación.

LA "HISTORIA DE MADRID" DE ANTONIO MINGOTE

El dibujante y caricaturista Antonio Mingote es también el escritor Antonio Mingote, cuya prosa de humor se aúna muy bien con sus dibujos, o viceversa. Su "Historia de la gente" ha dado la vuelta al mundo, y no menor fortuna está empezando a alcanzar este primer tomo de su "Historia de Madrid" (Taurus, Madrid, 1961), que abarca desde la prehistoria de la ciudad hasta Felipe II, es decir, hasta la capitalidad de la nación. Para no andarse con rodeos ni aproximaciones, Mingote se ha agarrado a la bien documentada historia de Federico Carlos Sainz de Robles, de modo que sus cuchufletas jocosas, dibujadas o escritas, se producen sobre verdadera y seria narración histórica, que deja más que asegurado, por ambos lados, el viejo precepto literario de enseñar deleitando. Burla burlando, Mingote se incorpora así a una corriente moderna de narradores de historia que están haciendo de este necesario saber del hombre tre el hombre de hoy y el de ayer no hay tanta diferencia una simpatiquísima asignatura a base de considerar que en como parecía, y así, Mingote, nos presenta lo que hoy entendemos como característico del madrileño —simpatía por los extranjeros, buen humor, etc.—, como "constantes" que no es difícil remontar hasta los primeros pobladores de la villa.



"PANORAMA DE LA LITERATURA DEL SIGLO XX", POR ANDRÉ ROUSSEAU

Quienes hemos seguido durante años la labor crítica de André Rousseaux, no podemos por menos de congratularnos de la aparición en castellano de su "Littérature du vingtième siècle" con el título de "Panorama de la literatura del siglo XX" (Ediciones Guadarrama, Madrid, 1961), en traducción realizada por Antonio Vilanova, quien además traza una semblanza acertada del autor y añade unos capítulos sobre literatura española, a fin de completar la intención de panorama del libro. Yo no sé hasta qué punto estas notas sobre algunos escritores españoles son oportunas —aunque por descontado sean interesantes—, hablando de lo que Rousseaux no habló o no habló al menos durante el periodo 1938-1955 de su estudio. Creo que nos hubiera interesado más tomar algunos trabajos de Rousseaux, aunque hubiesen sido publicados después —que los tiene— sobre escritores españoles. De esta manera le hubiéramos visto enfrentado con las letras españolas junto a su visión de las

francesas y las más destacadas del mundo. Tanto en este caso como en el que se nos ofrece, no podemos por menos de lamentar ese vacío en el gran crítico francés.

Hay un prefacio de Rousseaux enormemente interesante por cuanto en él discurre sobre el papel del crítico en el momento justo de aparecer la obra, y donde se estampán tan nobles palabras éstas: "La crítica se ejerce con el manejo de la verdad. La tarea es apasionante. Pero es también peligrosa. Me imagino que algo así debe ser en biología el manejo del radio. La verdad abrasa, puede matar. Sin embargo, está en el mismo centro de la vida. Hay que liberarla, identificarla, perfilarla, ponerla al descubierto. Pero hay que hacerlo prudentemente. Hay que hacerlo humanamente. El crítico no es un hombre que posea la verdad, porque tal hombre no existe. Es un hombre que ama la verdad hasta el punto de desear que ésta ilumine la vida algo más de lo que suele hacerlo corrientemente."

Dámaso SANTOS

«POR ESOS MUNDOS» DE MIGUEL DELIBES

Los libros de viajes, como las «memorias», suelen ser un lujo del escritor, que no todos pueden permitirse. Se han escrito muchos libros de viajes, que cabría clasificar en dos grupos; los que, con abundancia de documentación y de citas pueden ser útiles para seguir un itinerario, como cualquier guía turística y aquellos otros en los que el autor o viajero no se limita a ofrecernos un buen retrato, retocado y compuesto, sino que cala más hondo y sin dejar de ser objetivo injerta al relato su visión personal. Yo confieso mi preferencia por estos últimos, que más directamente me ponen en contacto con el hombre, personaje peregrino en torno al cual gira y se agita la gran ruleta cósmica que mueve una invisible mano.

Miguel Delibes, buen novelista y observador perspicaz, abandona de vez en cuando su atalaya vallisoletana y se lanza a navegar «por esos mundos» para escrutar con mirada sincera el cómo y el porqué de los hombres y de las cosas, de la vida y de los pueblos inscritos en otros climas. «Lo bueno del novelista —nos dice Delibes— es que su intención no es ambiciosa: su objetivo lo constituyen simplemente, los hombres y el paisaje. ¡Ahí es nada, los hombres y el paisaje! Lo demás apenas si cuenta....»

Abra el lector por cualquier parte este pequeño y apretado volumen del autor de «El camino» y comprobará cómo, efectivamente, en cada página, en cada frase, en cada concepto, el

hombre y el paisaje le salen al paso formando esa unidad maravillosa de contrastes, de sensaciones, de reacciones y contradicciones que nos dan la medida de la radical incongruencia



en que se asienta la armonía del universo. Este misterio cósmico que, según Priestley sólo le es dado a contemplar en su totalidad al Creador desde el centro del círculo, viene inquietando a la criatura desde que adquirió conciencia de su destino, es decir, cuando se preguntó por vez primera: ¿Por qué? El interrogante sigue abierto y apenas leves gusanillos de luz alumbran, por etapas de siglos, pequeñas parcelas del vasto escenario, donde se representa el drama de la humanidad. Creo que al escritor, tanto como al fi-

lósofo, le está conferido el privilegio de asomarse, siquiera con mirada atónita (Delibes dirá castizamente «con ojos de palurdo»), a ese escenario del que todos somos actores y espectadores a la vez.

Pero... glosemos a Delibes... «Mediado el siglo XX es un poco tarde para asomarse al mundo y descubrirle.» Mas, «por otro lado, representa un lamentable error pensar que el mundo no varía; que el mundo es siempre el mismo cuando en realidad hay tantos mundos como años y tantos como pares de ojos lo contemplan. El mundo de ayer no es el de hoy, ni, por supuesto, el que uno ve se parece lo más mínimo al que ve el vecino». De esta premisa extrae Delibes las siguientes conclusiones: «Primero está el mundo que uno ve; después, el mundo que otros vieron, y, por último, el mundo que le hacen ver, de ordinario mucho más vasto, complejo y entretenido, los demás.»

Delibes es un observador intuitivo que escucha, capta y proyecta, a seguido, su visión personal. De aquí su estilo tenso, ceñido, vigoroso de suma eficacia, para llevarse en volandas al lector. La retórica está ausente de los escritos de Delibes. Como si hubieran sido sometidos a una escrupulosa disección, conceptos y palabras nos dan la síntesis de una perfecta anatomía trazada con mano de cirujano experto sobre el cuerpo palpitante y caliente, del que fluyen a raudales bocanadas de vida y de luz. Ahora comprendemos que el secreto de la belleza no consiste en adornarse con galas postizas, sino en mostrarse como es. Un ejemplo. En la crónica titulada «Una ciudad de tarjeta postal», del libro que comentamos anota el viajero novelista: «Río de Janeiro surge frente al mar cohibida por un semicírculo de montañas considerables. La capital de Brasil puede, pues, crecer, pero no ensanchar. Tan es así, que el Congreso Eucarístico se celebró sobre una explanada que estaba siendo robada al mar cuando yo pasé. Mas esto es lo de menos. Lo importante es la perspectiva aérea de Río. Sin duda, Río de Janeiro es la ciudad más luminosa del mundo. Ocurre, sin embargo, que su contemplación, como la de un cuadro, requiere una distancia congruente. El espectáculo de Río no puede ser privado de sus alrededores: el Corcovado, el Pan de Azúcar, el fogonazo deslumbrante de Copacabana, con los guardaespaldas de sus modestos rascacielos y, en especial, la floresta con sus verdes tonalidades cambiantes, incisivos. Brasil, las ciudades brasileñas, están redimidas por la fronda. La eclosión vegetal de Río desde el aire resulta inenarrable. Diríase que las hojas de sus palmeras, de sus bananas, de sus árboles, en general, son lustradas concienzudamente cada mañana. No es la abundancia de verde, sino los matices, lo que encanta la vista. Sin olvidar el detonante contraste con el mar. Río de Janeiro es de una belleza rutilante; una belleza a punto de caer en el merengue del cromo o la tarjeta postal iluminada.»

Otro ejemplo: «El sudamericano, tal vez por el hecho de habitar un continente próspero y rico, ha puesto en marcha un sistema filosófico de la vida evidentemente materialista y nada original, que puede resumirse en una frase: el mayor número de goces con el mínimo esfuerzo. El norteamericano, pese a todo lo que se diga, ha enfocado el problema con un poco más de dignidad: trabajar, trabajar y trabajar, que el confort llegará por añadidura.

Estas actitudes explican, mejor que nada, la distancia que, en punto a desarrollo económico, se percibe entre las dos mitades de un continente de unas posibilidades parejas. Para el chileno, la vida comienza y termina hoy. Para el norteamericano, la vida, en un ayer próximo, empezaba mañana; de ahí que «su hoy» constituye una realidad próspera y confortable.

Hay países, repito, que viven del pasado y países que viven para el futuro apretándose un punto del cinturón. Chile no pertenece a ninguno de estos grupos. Chile vive del presente; todo lo que no sea presente carece de valor para los chilenos. Es éste un pueblo para el que, en general, no reporta un consuelo aquello de hacer «una patria mejor para nuestros hijos». «Después de mí, el diluvio», parece pensar el chileno. Ciertamente tal postura sin una traducción halagüeña inmediata, adolece de romas perspectivas. Chile no está a la altura que podría estar y a la que llegará, si no me equivoco, aunque muy lentamente... En general, podemos decir que el chileno se muestra refractario a cualquier forma de previsión. El chileno nace con la mano abierta. En la vida he visto un país donde el crédito cuenta con tantos y tan apasionados partidarios. El dinero aquí no corre, vuela. El chileno gasta lo que tiene hoy y lo que espera conseguir mañana; su actitud, para un europeo consciente y forzosamente administrado, resulta de una prodigalidad irresponsable. Mas lo cierto es que el chileno rara vez se coge los dedos. El país responde; quien trabaja gana dinero; se trata, en suma, de una naturaleza agradecida.»

Podríamos seguir copiando. Cada capítulo del libro nos ofrece un aspecto del país, de la ciudad, que trata el paisaje y el hombre, con sus formas de vida, costumbres, tipos naturales; posibilidades del presente y su proyección en el futuro. Todo imantado por una prosa diáfana e imbuído de una emoción cordial que trasciende de la pura anécdota para prender en el ánimo del lector.

«Por esos mundos», crónica palpitante y sugestiva, dividida en dos partes: «Un novelista descubre América» y «Tenerife», que el autor no incluye caprichosamente en el volumen, «sino por entender que Europa y América se dan la mano en las Canarias»... es el tercer libro de viajes que yo no olvidaré entre los muchos que pasaron por mis manos desde la infancia. Los otros dos creo que fueron escritos, el primero, sobre Italia, por Carlos de Brosses, político e historiador, primer presidente del Parlamento de Borgoña; el segundo, por doña Emilia Pardo Bazán. El libro de Brosses, publicado hacia 1740, conserva su frescura original; el de la condesa, sobre algunos aspectos de España, creo no ha sido superado. En cuanto a «Por esos mundos», de Delibes —primero de una serie—, estoy seguro de que será estimado por los lectores de hoy y de mañana.

FRANCISCO ALVARO

«Por esos mundos», reportajes, por Miguel Delibes. Ediciones Destino, Barcelona, 1961. 10-11-61

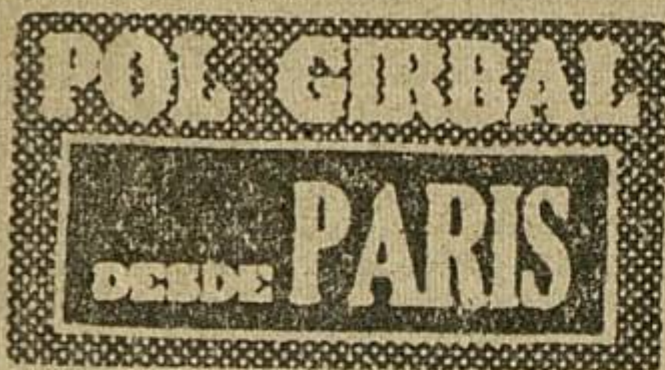
MD
Se resumen bajo este título los reportajes sudamericanos publicados ya por Miguel Delibes bajo el título «Un novelista descubre América» y las crónicas que no ha mucho tiempo dedicó el autor a contarnos sus impresiones de las Islas Canarias. Unas y otros son encantadores, sugestivos y ofrecen puntos de vista de extremada originalidad, de gran poder evocador. El libro resulta así muy completo, pues, efectivamente, Canarias es el mejor medio de acercarse a la comprensión de Hispanoamérica y Delibes hace muy bien en subrayarlo así. Un libro, en fin, digno de su maestría periodística, cada vez más comprobada.

9

DE CASTILLA Y DEL AMPURDAN

AMD, 86, 6, 4

La actualidad española en la capital francesa



Escritor, periodista —es director del diario vallisoletano «El Norte de Castilla»—, dibujante, conferenciante, cazador de perdices y persona habituada a andar y ver, Miguel Delibes

deambula por París con su mujer. El celebrado novelista castellano se encuentra entre nosotros, invitado por el Círculo de Escritores y Editores. En el gran anfiteatro de La Sorbona y en el Instituto Hispánico pronunciará conferencias y charlas. Además ha prometido leer, ante un copioso y considerable grupo de hispanistas, varios capítulos de obras literarias suyas.

Buen cazador, aprovecha su estancia para cuidar —dos pájaros de un tiro— de sus «affaires» en la editora «Gallimard». El público francés ha dispensado una acogida más que calurosa a sus novelas «Mi idolatrado hijo Sissí» y «El Camino». A primeros de año los críticos enjuiciarán la traducción de «La hoja roja».

He charlado con él extensamente y espero dedicar, más adelante, una amplia crónica a sus actividades. La curiosidad de este hombre es portentosa. Le interesan los tobillos de Kopa, los restaurantes griegos, las películas de cinemateca, la política, la navegación fluvial y hasta la extraña fórmula de la alsaciana «choucroute». Ha caído muy bien en los ambientes de la intelectualidad francesa tan tiquis-miquis. Renueva, amplía, encauza relaciones en todos los ambientes. Despacio y bien, el autor de «Por esos mundos» le está sacando punta al difícil, complicado París de nuestros tiempos.

FALGARONA, PIANISTA AMPURDANES

Albéniz, Granados, Halffter, Mompou y el padre Antonio Soler figuran entre los autores interpretados por el pianista José Falgarona en la segunda parte de su reciente recital celebrado en la Biblioteca Española.

José Falgarona, un figuerense que lleva muchos años desparramando música española por Europa,

es un hombre altamente cotizado en los ambientes musicales de Francia. Sus frecuentísimas intervenciones en los programas de la radio estatal y de la «tele» le han hecho embajador de nuestra música entre el gran público.

Profesor y jurado de la «Schola Cantorum», goza de una reputación sólida y seria en los círculos más cerrados. Es uno de los virtuosos del piano más difundidos en las discotecas de Europa.

De vez en cuando, siempre que sus desplazamientos y sus obligaciones se lo permiten, «Pep» Falgarona reúne a sus amigos compatriotas en nuestra Biblioteca. Y allí, como si nada, como si se tratase de entretener el ocio, nos deleita con su estilo profundo, con su perfecta técnica armoniosa.

Entre los invitados del señor Falgarona figuraba la pintora barcelonesa Carmen Soler, representante de la pintura española en el Primer Salón de Arte Moderno. La señorita Soler lleva ya varios años exponiendo regularmente en París. Tiene no solamente un público, sino, además, una crítica. Evidencia tanta tenacidad como talento. Enamorada de su profesión, ha adelantado el viaje para asistir, en el Museo Jacquemart-André, a la inminente exposición goyesca organizada por André Malraux en colaboración con nuestra Embajada.

EN UN MISMO DIA: FUTBOLISTAS Y CID CAMPEADOR

Es también inminente la llegada a París, en avión, del equipo español que ha de enfrentarse, en fútbol, con los seleccionados franceses.

El viernes, día 8, futbolistas y directivos serán agasajados en la Legación horas antes de que, en un cine de lujo y en medio de un postin sensacional, seamos los invitados de Bernard Borderie para la proyección privada de la película «El Cid».

Entretanto —y estamos viendo cómo españoolean las gentes de París— el Comité Francia-España prepara, bajo la presidencia de nuestro embajador, una cena-homenaje dedicada a monseñor Pierre Jobit, fundador del Centro de Estudios Iberoamericanos.

Iba a cerrar la crónica contando con detalles lo de que en Pigalle acaba de ser instalada la primera —y única— churrería de París, pero temo exagerar la nota.

MD

FUNDACION MIGUEL DELIBES

10
AL
CATEDRAL
CATEDRAL
C de diciembre 1967

DELIBES, POR ESOS MUNDOS

Por LUIS A. VILLALOBOS

Conocí a m o s "Diario de un emigrante" —la aventura americana de Lorenzo el cazador—, y, entre la ida ilusionada del que creía al marchar tener cogido al rey por un bigote o clavada la suerte en el no va más de la prosperidad y su retorno con las orejas gachas y los palos del sombrero caídos, la narración ofrecía elementos de juicio para esperar bien de la pluma de Delibes, si algún día se decidiese a tentar esa especialidad de literatura que se nutre de la descripción de remotas tierras y mares.

La confirmación del supuesto ha venido con "Por esos mundos", en que un novelista descubre América y de retorno las Canarias; pero además el des-

11

cubridor es un periodista. De ambos simples se forma el mejor compuesto con que asomarse al exterior y ver para luego hablar; resulta de aquellas dos cualidades cuando, como es el caso, se poseen en grado superior, una obra narrativa estupenda. Para que sea estupendo un libro de viajes no basta con que se contenga en él amenidad e interés por las buenas y sin más, que eso le es muy fácil a un buen novelista y lo conseguiría sin necesidad de ir a más o menos alejadas tierras, sin moverse de su casa, con un poco de ambientación y con su poder de figuración y de evocación. Hace falta que sepa ver lo que ve, que no finja por su
(Pasa a la tercera página)



PUNTOS DE VISTA

Delibes, por esos mundos

(Viene de primera página)

cuenta ni por cuenta ni por cuenta de nadie, que le guíe ese cierto criterio histórico que es dote del informador de buena cepa, que no ceda a lugares comunes, que cale en la entraña del país y en la del pueblo que de su circunstancia es en buena parte producto.

No ha viajado con falsilla. No se dijo: Vamos allá a ver eso que es así y de esta manera, para luego repetirlo yo por escrito. Ni fue con prejuicios, favorables o adversos, ni se dejó conducir por itinerarios prefabricados; no quiso que nada le prefabricase artilugios programáticos, por evitar se asfixiara en el emparedamiento la espontaneidad de la percepción. Honradamente confiesa que no ha querido emplear materiales de amplia y profusa documentación, que "en estos negocios de los viajes, nada como la primera impresión; el destello inicial que viola la conciencia virgen es lo que vale. La reflexión posterior no consigue sino deformar las cosas".

Tenemos, pues, a confesión de parte, que es un libro de primera mano, al dictado de bulliciosas vivencias. No ha querido definir cátedra, pero sí hacer convivir al que leyere, los pasmosos escenarios donde todo es gigantesco y exuberante en el paisaje y el viajero se siente nuevo Gulliver, donde se comprueba que todavía existen distancias en el mundo; y el paisaje humano, el exterior y el interior de sus sociedades y de sus hombres donde unas razas fenecen y otras nuevas afloran y se perfilan.

La pluma de Miguel Delibes unas veces es pincel y otras escalpelo y ambas cosas a la vez casi siempre a lo largo de las páginas, desde que se abren en "Volando hacia Río de Janeiro" hasta el "Mañana no lloraré" con que se cierran. Lleva en volandas la atención, hace pasarse, sonreír, pender siempre de lo que a la magia de la narración asiste y casi cree estarlo presenciando personalmente y no por banda de la letra.

Si los pasajes descriptivos son una lección que obliga a dar a la propia geografía latiente, las recaladas en las ciudades, las excursiones a lo largo del inaudito sendero del Mundo Nuevo que es Chile, por ejemplo, tiene un calor de humanidad rotundo y hacen convivir al lector lo mismo con el "roto" que con el araucano hasta

dejar como el poso del recuerdo adquirido de presencia.

El libro habrá placido o desplacido a este o aquel de los países retratados. Tendrán ellos razón o no. Son cosas estas muy vidriosas porque en ellas juega la pasión del que se ve copiado. El juicio sobre un juicio que toca de cerca es ardua empresa dictarlo serenamente, sin transportarse de alel el impacto —y es muy humano y comprensible— pero al gría o de enojo según llegue que da su parecer sobre los valores positivos de un libro le es más fácil considerarlo con ánimo equilibrado. A mí "Por esos mundos" me parece que posee muchos y grandes motivos de encomio y entre ellos cuenta la sinceridad con que fue escrito.

LUIS A.—VILLALOBOS

PROXIMAMENTE

PERSPECTIVAS DE LA ENSEÑANZA EN ESPAÑA

UNA INTERESANTE SERIE DE ARTICULOS
ESCRITOS POR SALVADOR SENENT

12
MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

as Crítica



«POR ESOS MUNDOS», DE MIGUEL DELIBES

Los libros de viajes, como las «memorias», suelen ser un lujo del escritor, que no todos pueden permitirse. Se han escrito muchos libros de viajes, que cabría clasificar en dos grupos: los que, con abundancia de documentación y de citas pueden ser útiles para seguir un itinerario, como cualquier guía turística y aquellos otros en los que el autor o viajero no se limita a ofrecernos un buen retrato, retocado y compuesto, sino que cala más hondo y sin dejar de ser objetivo inyecta al reportaje su visión personal. Yo confieso mi preferencia por estos últimos, que más directamente me ponen en contacto con el hombre, personaje peregrino en torno al cual gira y se agita la gran ruleta cósmica que mueve una invisible mano

Miguel Delibes, buen novelista y observador perspicaz, abandona de vez en cuando su atalaya vallisoletana y se lanza a navegar «por esos mundos» para escuchar con mirada sincera el cómo y el porqué de los hombres y de las cosas, de la vida y de los pueblos inscritos en otros climas. «Lo bueno del novelista —nos dice Delibes— es que su intención no es ambicioso: su objetivo lo constituyen simplemente, los hombres y el paisaje. ¡Ahí es nada, los hombres y el paisaje! Lo demás apenas si cuenta...

Abra el lector por cualquier parte este pequeño y apretado volumen del autor de «El camino» y comprobará cómo, efectivamente, en cada página, en cada frase, en cada concepto, el

hombre y el paisaje le salen al paso formando esa unidad maravillosa de contrastes, de sensaciones, de reacciones y contradicciones que nos dan la medida de la radical incongruencia



en que se asienta la armonía del universo. Este misterio cósmico que, según Priestley sólo le es dado a contemplar en su totalidad al Creador desde el centro del círculo, viene inquietando a la criatura desde que adquirió conciencia de su destino, es decir, cuando se preguntó por vez primera: ¿Por qué? El interrogante sigue abierto y apenas levan gusanillos de luz alumbran, por etapas de siglos, pequeñas parcelas del vasto escenario, donde se representa el drama de la humanidad. Creo que al escritor, tanto como al fi-

lósofo, le está conferido el privilegio de asomarse, siquiera con mirada atónita (Delibes dirá castizamente «con ojos de palurdo»), a ese escenario del que todos somos actores y espectadores a la vez.

Pero... glosemos a Delibes. «Mediado el siglo XX es un poco tarde para asomarse al mundo y descubrirle.» Mas, «por otro lado, representa un lamentable error pensar que el mundo no varía; que el mundo es siempre el mismo, cuando en realidad hay tantos mundos como años y tantos como pares de ojos lo contemplan. El mundo de ayer no es el de hoy, ni, por supuesto, el que uno ve se parece lo más mínimo al que ve el vecino.» De esta premisa extrae Delibes las siguientes conclusiones: «Primero está el mundo que uno ve; después, el mundo que otros vieron, y, por último el mundo que le hacen ver, de ordinario mucho más vasto, complejo y entretenido, los demás.»

Delibes es un observador intuitivo que escucha, capta y proyecta, a seguido, su visión personal. De aquí su estilo tenso, ceñido, vigoroso, de suma eficacia, para llevarse en volandas al lector. La retórica está ausente de los escritos de Delibes. Como si hubieran sido sometidos a una escrupulosa disección, conceptos y palabras nos dan la síntesis de una perfecta anatomía trazada con mano de cirujano experto sobre el cuerpo palpitante y caliente, del que fluyen a raudales bocanadas de vida y de luz. Ahora comprendemos que el secreto de la belleza no consiste en adornarse con galas postizas, sino en mostrarse como es. Un ejemplo. En la crónica titulada «Una ciudad de tarjeta postal», del libro que comentamos, anota el viajero novelista: «Río de Janeiro surge frente al mar cohibida por un semicírculo de montañas considerables. La capital de Brasil puede, pues, crecer, pero no ensanchar. Tan es así, que el Congreso Eucarístico se celebró sobre una explanada que estaba siendo robada al mar cuando yo pasé. Mas esto es lo de menos. Lo importante es la perspectiva aérea de Río Sin duda, Río de Janeiro es la ciudad más luminosa del mundo. Ocurre sin embargo, que su contemplación, como la de un cuadro, requiere una distancia congruente. El espectáculo de Río no puede ser privado de sus alrededores: el Corcovado, el Pan de Azúcar, el fogonazo deslumbrante de Copacabana, con los guardaespaldas de sus modestos rascacielos y, en especial, la floresta con sus verdes tonalidades cambiantes, incisivos. Brasil, las ciudades brasileñas, están redimidas por la fronda. La eclosión vegetal de Río desde el aire resulta inenarrable. Diríase que las hojas de sus palmeras; de sus bananas, de sus árboles, en general, son lustradas concienzudamente cada mañana. No es la abundancia de verde, sino los matices, lo que encanta la vista. Sin olvidar el detonante contraste con el mar. Río de Janeiro es de una belleza rutilante; una belleza a punto de caer en el merengue del cromó o la tarjeta postal iluminada.»

Otro ejemplo: «El sudamericano, tal vez por el hecho de habitar un continente próspero y rico, ha puesto en marcha un sistema filosófico de la vida evidentemente materialista y nada original, que puede resumirse en una frase: el mayor número de goces con el mínimo esfuerzo. El norteamericano, pese a todo lo que se diga, ha enfocado el problema con un poco más de dignidad: trabajar, trabajar y trabajar, que el confort llegará por añadidura.

Estas actitudes explican, mejor que nada, la distancia que, en punto a desarrollo económico, se percibe entre las dos mitades de un continente de unas posibilidades parejas. Para el chileno, la vida comienza y termina hoy. Para el norteamericano, la vida, en un ayer próximo, empezaba mañana; de ahí que «su hoy» constituye una realidad próspera y confortable.

Hay países, repito, que viven del pasado y países que viven para el futuro apretándose un punto del cinturón. Chile no pertenece a ninguno de estos grupos. Chile vive del presente; todo lo que no sea presente carece de valor para los chilenos. Es éste un pueblo para el que, en general, no reporta un consuelo aquello de hacer «una patria mejor para nuestros hijos». «Después de mí, el diluvio», parece pensar el chileno. Ciertamente tal postura sin una traducción halagüeña inmediata, adolece de romas perspectivas. Chile no está a la altura que podría estar y a la que llegará, si no me equivoco, aunque muy lentamente. En general podemos decir que el chileno se muestra refractario a cualquier forma de previsión. El chileno nace con la mano abierta. En la vida he visto un país donde el crédito cuenta con tantos y tan apasionados partidarios. El dinero aquí no corre, vuela. El chileno gasta lo que tiene hoy y lo que espera conseguir mañana; su actitud, para un europeo consciente y forzosamente administrado, resulta de una prodigalidad irresponsable. Mas lo cierto es que el chileno rara vez se coge los dedos. El país responde; quien trabaja gana dinero; se trata, en suma, de una naturaleza agradecida.

Podríamos seguir copiando. Cada capítulo del libro nos ofrece un aspecto del país, de la ciudad, que trata el paisaje y el hombre, con sus formas de vida, costumbres, tipos naturales; posibilidades del presente y su proyección en el futuro. Todo imantado por una prosa diáfana e imbuido de una emoción cordial que trasciende de la pura anécdota para prender en el ánimo del lector.

«Por esos mundos», crónica palpitante y sugestiva, dividida en dos partes: «Un novelista descubre América» y «Tenerife», que el autor no incluye caprichosamente en el volumen, «sino por entender que Europa y América se dan la mano en las Canarias»... es el tercer libro de viajes que yo no olvidaré entre los muchos que pasaron por mis manos desde la infancia. Los otros dos creo que fueron escritos, el primero, sobre Italia, por Carlos de Broesses, político e historiador, primer presidente del Parlamento de Borgoña; el segundo, por doña Emilia Pardo Bazán. El libro de Broesses, publicado hacia 1740, conserva su frescura original; el de la condesa, sobre algunos aspectos de España, creo no ha sido superado. En cuanto a «Por esos mundos», de Delibes —primero de una serie—, estoy seguro de que será estimado por los lectores de hoy y de mañana.

FRANCISCO ALVARO

CONVENCE

porque es el más moderno ¡y el mejor!



Auténtico **EXTRAPLANO**

NINGUN OTRO MAS MODERNO

EN EL MERCADO MUNDIAL

19" GRAN ANGULAR 114°

23" TUBO DOBLE LAMINADO

AUTOMATICO



PRIMER CRUCERO INTERNACIONAL

en la motonave española «Cabo San Roque»

AIRE ACONDICIONADO EN TODA LA NAVE
VISITANDO: CADIZ, LISBOA, TENERIFE, CASABLANCA
SALIDA DE BARCELONA, EL 22 DE AGOSTO
PISCINA — SOLARIUM — JUEGOS — EXCURSIONES —
FIESTAS DE GALA

INFORMES E INSCRIPCIONES:
VIAJES INTERNACIONAL EXPRESO, S. A.
CALLE JATIVA, 23 Teléfono 22 60 00

Balanza para pesar sacos
TALLERES SANZ S.A.
VALENCIA - PUERTO - TEL.230815

Sudamérica con escalas en
las Canarias

Por MIGUEL DELIBES

Ediciones Destino. Colección Ancora
y Delfín. Barcelona. Impreso en Es-
paña. 168 páginas.

Este relato de un viaje a América del Sur, con escala en las Canarias, llega a nuestras manos con un retraso considerable. Fué escrito en la primavera de 1955, es decir, en el período en que en casi todos los países a que se refiere —la Argentina en primer lugar— las condiciones de vida, en lo social y en lo político, eran diferentes cuando no totalmente opuestas a las actuales. El propio autor, Miguel Delibes, lo declara en una advertencia preliminar: "...representa un lamentable error pensar que el mundo no varía; que el mundo es siempre el mismo, cuando en realidad hay tantos mundos como años y tantos como pares de ojos lo contemplan". Y luego, en el mismo prólogo, recalca: "El mundo de ayer no es el de hoy, ni, por supuesto, el que uno ve se parece lo más mínimo al que ve el vecino".

Sin duda, obedeciendo a esta premisa, el autor afirma que los bonaerenses presumen de poseer la calle más larga del mundo y la avenida más ancha. "Rivadavia —agrega— es una vía de treinta y cinco kilómetros de longitud y la anchura de la avenida 9 de Julio se aproxima al medio kilómetro".

Creemos que, más que el ojo, se le ha ido la mano al señor Delibes. La avenida de referencia —que es la de más fácil comprobación— tiene el ancho de una "cuadra", es decir, la quinta parte de lo que generosamente le atribuye el viajero.

Mas dejando a un lado este y otros errores de perspectiva, declaremos que el libro contiene observaciones atinadas, páginas de estilo ágil y espontáneo, salpimentadas, aquí y allá, con algunos vulgarismos y expresiones plebeyas. De los dieciséis capítulos dedicados a América del Sur, diez están consagrados a Chile, cuatro a la Argentina y los dos restantes a Río de Janeiro y Montevideo, respectivamente. La predilección o el interés del cronista por la nación trasandina —a la que califica de "maravillosa"— es, pues, manifiesta. Y, en prueba de ello, establece un cotejo: "El inmigrante —escribe— se integra sin resistencia en la comunidad (chilena). La cuestión es distinta en la Argentina. En Argentina el inmigrante, así lleve treinta años en el país, toma a gala eso de sentirse forastero. En Chile, no. El europeo se chilena sin dificultades —particularmente el español—, tal vez porque la cordialidad chilena constituye una virtud contagiosa... Entre español y chileno se opera una fusión perfecta; entre español y argentino no se establece sino un régimen tácito de contemporización. Es la diferencia".

Califica a la Argentina de "país que ha puesto puertas al campo" —refiriéndose a los alambrados que limitan los campos— y a Buenos Aires de la "urbe de los contrastes"; añade luego que "el tango es la quintaesencia del país". Otras calificaciones son igualmente de sabor marcadamente subjetivo y algunas, a nuestro juicio, acertadas. Siempre en vena de imágenes, califica a Brasil como "un gigantesco parque" y a Río de Janeiro como "una ciudad de tarjeta postal". Montevideo tiene para él "cierto tono europeo" y define al chileno como "un andaluz al baño de María" que "muere del corazón". Por último describe con manifiesta emoción "el ocaso del indio araucano".

Se trata, en suma, de una colección de crónicas de sabor periodístico que, si no despertarán aprobación unánime se leerán en cambio con curiosidad y simpatía.